



Lectura del Santo Evangelio según san Mateo 5, 17-37:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás", y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "necio", merece la condena de la "gehenna" del fuego.

Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito procura arreglarte enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

Habéis oído que se dijo: "No cometerás adulterio". Pero yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.

Si tu ojo derecho te induce a pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en la "gehenna". Si tu mano derecha te induce a pecar, córtatela y tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero a la "gehenna".

Se dijo: "El que repudie a su mujer, que le dé acta de repudio". Pero yo os digo que si uno repudia a su mujer —no hablo de unión ilegítima— la induce a cometer adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio.

También habéis oído que se dijo a los antiguos: "No jurarás en falso" y "Cumplirás tus juramentos al Señor". Pero yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo cabello. Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno».



En la Liturgia de este domingo prosigue la lectura del llamado «Sermón de la montaña» de Jesús, que comprende los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de Mateo. Después de las «bienaventuranzas», que son su programa de vida, Jesús proclama la nueva Ley, su *Torá*, como la llaman nuestros hermanos judíos. En efecto, el Mesías, con su venida, debía traer también la revelación definitiva de la Ley, y es precisamente lo que Jesús declara: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a **dar plenitud**». Y, dirigiéndose a sus discípulos, añade: «Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5, 17.20). Pero ¿en qué consiste esta «plenitud» de la Ley de Cristo, y esta «mayor» justicia que él exige?

Jesús lo explica mediante una serie de antítesis entre los mandamientos antiguos y su modo de proponerlos de nuevo. Cada vez comienza diciendo: «*Habéis oído que se dijo a los antiguos...*», y luego afirma: «*Pero yo os digo...*». Por ejemplo: «*Habéis oído que se dijo a los antiguos: «No matarás»; y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: «todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado»»* (Mt 5, 21-22). Y así seis veces.

Este modo de hablar suscitaba gran impresión en la gente, que se asustaba, porque ese «*yo os digo*» equivalía a reivindicar para sí la misma autoridad de Dios, fuente de la Ley. La novedad de Jesús consiste, esencialmente, en el hecho que él mismo «**llena**» **los mandamientos con el amor de Dios**, con la fuerza del Espíritu Santo que habita en él. Y nosotros, a través de la fe en Cristo, podemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que nos hace capaces de vivir el amor divino. Por eso todo precepto se convierte en verdadero como exigencia de amor, y todos se reúnen en un único mandamiento: **ama a Dios con todo el corazón y ama al prójimo como a ti mismo**. «*La plenitud de la Ley es el amor*», escribe san Pablo (Rm 13, 10) (...)

Quizás no es casualidad que la primera gran predicación de Jesús se llame «Sermón de la montaña». Moisés subió al monte Sinaí para recibir la Ley de Dios y llevarla al pueblo elegido. Jesús es el Hijo de Dios que descendió del cielo para llevarnos al cielo, a la altura de Dios, por el camino del amor. Es más, **él mismo es este camino**: lo único que debemos hacer es **seguirle**, para poner en práctica la voluntad de Dios y entrar en su reino, en la vida eterna. Una sola criatura ha llegado ya a la cima de la montaña: la Virgen María. Gracias a la unión con Jesús, su justicia fue perfecta: por esto la invocamos como *Speculum iustitiae*. Encomendémonos a ella, para que guíe también nuestros pasos en la fidelidad a la Ley de Cristo (Benedicto XVI, 13.2.11)

Los “peros” de Cristo y nuestros propios “peros” (A. Pronzato)

“Seis piedras cayeron rodando desde lo alto de la montaña. Duras, inexorables, precisas. Un ruido seco. Dos, tres, seis golpes duros, al zambullirse en el agua estancada de un legalismo arrogante y complaciente. Las salpicaduras llegaron muy lejos, molestando y empapando materialmente a un gran número de personas. El agua pesada del estanque comenzó a encrespase y se puso a hervir. La bonanza fue abatida brutalmente por la tempestad. Un auténtico desastre, provocado por aquellas seis piedras toscas. Sí. Aquel era el fin de un mundo. Ocurrió hace dos mil años.

Desde el monte de las bienaventuranzas, que se refleja en el lago de Galilea, Jesús lanzó seis piedras que dieron despiadadamente en el blanco de nuestro bienestar, de nuestras seguridades, de nuestros cómodos egoísmos, de nuestros penosos compromisos. Seis piedras lanzadas por la Palabra hecha carne.

Seis «*pero yo os digo*» de un poder irresistible, de una fuerza arrolladora, que cambiaron para siempre el ritmo de las cosas.

«*Habéis oído que se dijo a los antiguos... Habéis oído que se dijo... Se dijo... Pero yo os digo...*». Estos «*pero*» repetidos por Cristo, señalan el paso del antiguo al nuevo testamento. Continuidad y ruptura al mismo tiempo. Paso del legalismo a la ley del amor. Del sentido humano a la divina locura de la cruz. De la prudencia al riesgo sublime de la aventura. Del orden formalista al escándalo evangélico. No es la abolición de la ley. Sino la suprema perfección, el cumplimiento de la ley. La perfección de la interioridad, del amor. **Un amor cuya única medida es no tener medida.**

«*Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado...*».

«*Habéis oído el mandamiento “no cometerás adulterio”. Pues yo os digo: el que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior*».

Los hombres llamados honestos tienen que mirarse las manos. Y al encontrarlas manchadas con la sangre de sus mismos hermanos, caerán en la cuenta de que también se puede matar con la lengua.

Y comprenderán que quien se acerca al altar, sin haber antes perdonado a su hermano, es un profanador del templo.

Y los hombres de bien, los que observan hasta el detalle las más insignificantes disposiciones de la ley, convencidos de que para estar «limpios» basta con lavarse las manos antes de comer, descubrirán de improviso que hay pensamientos que también pueden manchar (...)

Los seis «*pero*», uno tras de otro, fueron cayendo con un golpe seco en la charca de la costumbre, del tradicionalismo, de la honestidad barata. Y los hombres, para librarse de aquella molesta salpicadura, se dieron prisa para abrir el paraguas. Luego recurrieron a su atávica vocación de alquimistas. Y se pusieron alegremente a transformar, a domesticar, a dulcificar aquella tosca e inquietante palabra de Dios.

Al «*pero*» de Cristo opusieron sus propios «*peros*». "*No matar*". «Pero... en algunas circunstancias... *«Amad a vuestros enemigos*». «Pero, en ciertos casos (...) Como se ve, el «*pero*» de los hombres se sitúa en una vertiente totalmente contraria al «*pero*» de Cristo. Es el «*pero*» de la humana prudencia, contrario al «*pero*» de la locura divina.

Jesús nos dice: «*Sed perfectos*». Y nosotros nos damos prisa en añadir: «Pero seamos realistas, tengamos en cuenta nuestra fragilidad humana. La carne es la carne...». Y así nos colocamos fuera del evangelio (...) Ha llegado la hora de tirar por la borda todos nuestros cómodos tradicionalismos y **rendirnos sin condiciones a la «novedad» de Cristo**. Ha llegado el momento de no tener miedo al evangelio. ¿Que Jesús nos pide demasiado? Puede ser. Pero ¿no hemos pensado que podemos mucho más de lo que creemos? Ya está bien. Dejemos de hacer el triste oficio de alquimistas.

No intentemos por más tiempo detener esas seis piedras toscas que bajan rodando desde la montaña. ¿No nos damos cuenta de que así nos estamos desollando las manos... y la cara? Porque, de hecho, el detener esas piedras, esos «*pero yo os digo*», equivale a desfigurarse horriblemente la cara. Dejémonos alcanzar de lleno por esos "*pero yo os digo*". Resultará dolorosísimo al principio. Pero poco a poco descubriremos que nos ha restituido nuestro verdadero rostro. Un rostro cristiano.

Jesús decía hoy: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: «No matarás». Pero yo os digo: todo el que se deja llevar por la cólera contra su hermano, lo mató en su corazón»

(Papa Francisco)

Quien insulta a su hermano, lo mata en su corazón; quien odia a su hermano, mata a su hermano en su corazón; quien critica a su hermano, lo mata en su corazón. Tal vez no nos damos cuenta de esto, y luego hablamos, «despachamos» a uno y a otro, criticamos esto y aquello... Y esto es matar al hermano. Por ello **es importante conocer qué hay dentro de mí, qué sucede en mi corazón**. Si uno comprende a su hermano, a las personas, ama, porque perdona: comprende, perdona, es paciente... ¿Es amor o es odio? Todo esto debemos conocerlo bien.

Y pedir al Señor dos gracias. La primera: **conocer qué hay en mi corazón**, para no engañarnos, para no vivir engañados. La segunda gracia: **hacer el bien que está en nuestro corazón**, y no hacer el mal que está en nuestro corazón. Y sobre esto de «matar», recordar que **las palabras matan**. Incluso los malos deseos contra el otro matan. Muchas veces, cuando escuchamos hablar a las personas, hablar mal de los demás, parece que el pecado de calumnia, el pecado de la difamación fue borrado del decálogo, y hablar mal de una persona es pecado. ¿Por qué hablo mal de una persona? Porque en mi corazón tengo odio, antipatía, no amor.

Pedir siempre esta gracia: conocer lo que sucede en mi corazón, para hacer siempre la elección justa, la opción del bien. Y que el Señor nos ayude a querernos. Y si no puedo querer a una persona, ¿por qué no puedo? Rezar por esta persona, para que el Señor haga que la quiera. Y así seguir adelante, recordando que **lo que mancha nuestra vida es el mal que sale de nuestro corazón**. Y que el Señor nos ayude.

Jesús vino para dar cumplimiento y para promulgar de manera definitiva la ley de Dios, hasta la última gota. Él manifiesta las finalidades originarias y cumple los aspectos auténticos, y hace todo esto mediante su predicación y más aún al **ofrecerse a sí mismo en la cruz**. Así Jesús enseña cómo hacer plenamente la voluntad de Dios y usa esta palabra: con una «justicia superior» respecto a la de los escribas y fariseos. Una justicia animada por el amor, por la caridad, por la misericordia, y por lo tanto capaz de realizar la sustancia de los mandamientos, evitando el riesgo del formalismo. El formalismo: esto puedo, esto no puedo; hasta aquí puedo, hasta aquí no puedo... No: más, más.

En particular, en el Evangelio de hoy Jesús examina tres aspectos, tres mandamientos: el **homicidio**, el adulterio y el juramento. Respecto al mandamiento «no matarás», Él afirma que es violado no solo por el homicidio efectivo, sino también por esos comportamientos que ofenden la dignidad de la persona humana, comprendidas las palabras injuriosas. Claro, estas palabras injuriosas no tienen la misma gravedad y culpabilidad del asesinato, pero se ponen en la misma línea, porque se dan las premisas y revelan la misma malevolencia. Jesús nos invita a no establecer una clasificación de las ofensas, sino a **considerarlas todas dañinas**, en cuanto son movidas por el intento de hacer el mal al próximo. Y Jesús pone el ejemplo. Insultar: nosotros estamos acostumbrados a insultar, es como decir «buenos días». Y eso está en la misma línea del asesinato. Quien insulta al hermano, mata en su propio corazón a su hermano. Por favor, ¡no insultéis! No ganamos nada...

Otro cumplimiento es aportado a la ley matrimonial. El **adulterio** era considerado una violación del derecho de propiedad del hombre sobre la mujer. Jesús en cambio va a la raíz del mal. Así como se llega al homicidio a través de las injurias, las ofensas y los insultos, se llega al adulterio a través de las intenciones de posesión respecto a una mujer diversa de la propia mujer. El adulterio, como el hurto, la corrupción y todos los otros pecados, **primero son concebidos en nuestra intimidad** y, una vez cumplida en el corazón la elección equivocada, se ponen en práctica a través de un comportamiento concreto. Y Jesús dice: quien mira a una mujer que no es la propia con ánimo de posesión es un adúltero en su corazón, ha iniciado el camino hacia el adulterio. Pensemos un poco sobre esto: sobre los malos pensamientos que vienen en esta línea.

Jesús dice además a sus discípulos que no juren, en cuanto el **juramento** es señal de la inseguridad y de la doblez con la cual se desarrollan las relaciones humanas. Se instrumentaliza la autoridad de Dios para dar garantía a nuestras actividades humanas. Más bien estamos llamados a instaurar entre nosotros, en nuestras familias y en nuestras comunidades un clima de limpieza y de confianza recíproca, de manera que podemos ser considerados sinceros sin recurrir a intervenciones superiores para ser creídos. ¡**La desconfianza y las sospechas recíprocas amenazan siempre la serenidad!**

Que la Virgen María, que dona la escucha dócil y la obediencia alegre, nos ayude a acercarnos siempre más al Evangelio, para ser cristianos no «de fachada», ¡sino de sustancia! Y esto es posible con la gracia del Espíritu Santo, que nos permite hacer todo con amor, y así cumplir plenamente la voluntad de Dios.

El radicalismo con el que Jesús entiende la ley de Dios conduce a la ganancia del reino de los cielos (Mt 5,20) o a su pérdida, el infierno, el fuego (Mt 5,22.29.30). **El que sigue a Dios, le encuentra y entra en su reino; quien sólo busca en la ley su perfección personal, le pierde** y, si persiste en su actitud, le pierde definitivamente. El mundo (dice Pablo en la segunda lectura) no conoce este radicalismo; sin el Espíritu revelador de Dios «*ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar*» lo que Dios da cuando se corresponde a su exigencia.

Pero **a nosotros nos lo ha revelado el Espíritu Santo**, «*que penetra hasta la profundidad de Dios*», y con ello también hasta las profundidades de la gracia que nos ofrece en la ley de su alianza: «*ser como él*» en su amor y en su abnegación (H.U von Balthasar)